

Daniel Innerarity

Pandemocracia

Una filosofía de la crisis
del coronavirus



PANDEMOCRACIA

DANIEL INNERARITY

DANIEL INNERARITY

Pandemocracia

Una filosofía de la crisis
del coronavirus

Prólogo de
Meritxell Batet

Galaxia Gutenberg

Edición al cuidado de María Cifuentes

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Edición en formato digital: mayo de 2020

© Daniel Innerarity, 2020

© del prólogo: Meritxell Batet, 2020

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Imagen de portada:

Secuencias 19, Juan Genovés, 1996.

Acrílico y pigmento sobre papel, 58 × 76 cm

© Juan Genovés, VEGAP, Barcelona, 2020

Conversión a formato digital: Maria Garcia

ISBN: 978-84-18218-37-8

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)



© Juantxo Egaña

Según su etimología, una pandemia es una enfermedad infecciosa que afecta a todos, mientras que una epidemia tendría un área geográficamente limitada. Podríamos decir que nuestros instrumentos de gobierno están diseñados para gestionar epidemias y no pandemias, en tanto que son instituciones locales y no globales. De ahí la primera sensación de impotencia frente a un fenómeno que exige una mayor integración política de la humanidad, en la línea de fortalecer las instituciones transnacionales o la gobernanza global y, en general, una transición hacia formas de inteligencia cooperativa, claramente insuficientes en el mundo en el que vivimos. La definición de democracia apunta a que todos los afectados por una decisión deben poder participar en ella, a que debe coincidir la comunidad de los afectados con la de quienes deciden. En este sentido, la crisis del coronavirus sería un acontecimiento pandemocrático, como todos los riesgos globales. Se da la paradoja de que un riesgo que nos iguala a todos revela al mismo tiempo lo desiguales que somos, provoca otras desigualdades y pone a prueba nuestras democracias. De todo ello se habla en este libro, una reflexión filosófica de urgencia realizada en un momento excepcional de nuestra historia.

A quienes cuidan

PRÓLOGO

Cuando Daniel Innerarity me planteó prologar este texto lo hizo sugiriéndome utilizar las ideas que había expresado en un artículo de prensa, «Política en tiempos de crisis», sobre la función y exigencias de la política y, en especial, de la actividad parlamentaria en el contexto de la epidemia del Covid-19. Conociendo a Daniel y sus ideas esperaba, pues, que este librito fuera un texto «en defensa de la política», inscribiéndose así en una muy honrosa línea de pensamiento que, no solo no se desmiente con los errores de quienes nos dedicamos a la política, sino que se reafirma cada vez que comprobamos los desastres que genera su sustitución por la huida a los falsos refugios de la Verdad con mayúsculas, la (única) voluntad del pueblo o la seguridad nacida de la irresponsabilidad y la demagogia.

Y sin embargo este libro va más allá. El lector tiene en sus manos un auténtico alegato en favor de la honestidad, de la humildad, del respeto al otro y del aprendizaje. Virtudes que, sin duda, se necesitan en la política, pero que valen también para muchos otros campos de la actividad humana y, desde luego, para la reflexión filosófica y científica.

En momentos de búsqueda de certezas y seguridades, de decisiones claras y efectivas, de liderazgos unitarios, es bueno recordar que las crisis surgen precisamente en ámbitos de incertidumbre, duda y hasta desorientación. Identificar unánimemente y sin dudas una amenaza parece permitir una identificación igualmente unánime e indubitada de la respuesta «correcta». Pero esa correlación es errónea. La «respuesta correcta» no es siempre fácil de identificar ni hay consenso sobre la misma o sencillamente no existe. Las respuestas expertas son habitualmente plurales, las perspectivas desde las que identificarlas y sus posibles consecuencias son también diversas y distintas para cada uno de sus destinatarios.

Las crisis invariablemente plantean opciones inciertas, afectan a diversos ámbitos y valores, y exigen ponderar sus efectos en todos ellos. La decisión en la incertidumbre y la ponderación son eminentemente políticas, también porque sobre el peso de los valores afectados no hay expertos, sino juicios y opciones personales y sociales, como explica este libro con la característica elegancia de su autor al definir la política como «el intento de articular esa diversidad de perspectivas» que «se ejerce en un contexto de contingencia, sin razones abrumadoras, ni siquiera en medio de las urgencias de la excepción», aunque esas dificultades no sean «una disculpa, sino una exigencia».

Confiar la decisión, en tales casos, a la política democrática es signo de humildad y respeto al otro, que quizá tenga razón; pero sobre todo es un instrumento para conseguir que esa decisión sea informada, razonada, integre el máximo de aportaciones, sea asumible por los ciudadanos y se adopte de modo plenamente responsable.

A las crisis se responde también con el pluralismo y la discusión política, aunque exijan modular el debate partidista ante el objetivo compartido y las necesidades de una actuación convincente y compartida. En frase especialmente feliz, Daniel Innerarity afirma que «las situaciones de alarma no suspenden el pluralismo, solo su dimensión competitiva», aunque afirmarlo en lugar de desearlo sea quizá un caso benévolo y comprensible de sacrificio del rigor en beneficio de la esperanza. No es extraño que sea Innerarity precisamente quien nos recuerde que esa es la responsabilidad institucional que debe prevalecer ante las visiones de la crisis como oportunidad de autoafirmación partidista, señal clara, en sus palabras, «de nuestra debilidad institucional».

Reivindicar la política democrática, la discusión plural y el sentido institucional es una posición esperable en una diputada, más aún si asume la Presidencia de la Cámara de representación ciudadana. Pero de un texto de Daniel Innerarity el lector espera algo más, y este libro no le defraudará, al menos en dos aspectos: por una parte, la defensa de una política marcada por la relevancia de lo público y por su carácter multinivel; por otra, la exigencia no solo ética sino profundamente pragmática de una actitud personal de apertura, humildad, comprensión y aprendizaje, en los políticos y en el conjunto de los ciudadanos.

Primer aspecto: la política es quien fija las prioridades sociales, y las instituciones son quienes permiten que esa fijación se haga de modo público, responsable, consciente de sus efectos y alternativas y con respeto a los valores que hemos decidido proteger reforzadamente. Ni los estudios de televisión ni las calles pueden hacerlo. Las instituciones públicas son nuestro instrumento más poderoso como sociedad, y son quizá el único instrumento para quienes disponen de menos recursos. Si no funcionan o no lo hacen suficientemente, podemos reformarlas o cambiar a sus miembros; pero no podemos permitirnos sustituirlas ni renunciar a ellas.

Solo las instituciones garantizan una explicación y una argumentación pública de las medidas, considerando y dando respuesta a las dudas, objeciones y alternativas que se susciten. Únicamente ellas permiten integrar el máximo de aportaciones, pues como afirma el autor, «el pluralismo no es solo una exigencia normativa sino también un principio de racionalidad: una democracia le debe a los críticos tanto como a los gobernantes». Solo en las instituciones quien decide lo hace sometido al control y a la presión del otro, cuyas alternativas se someten así también a las reglas propias del debate institucional y al mismo escrutinio público. Únicamente ellas, en fin, hacen legítimo responder a la crisis, la sanitaria y sus consecuencias sociales y económicas, con un uso intenso y responsable de lo público, que siempre asume la respuesta y la responsabilidad de actuar. En tiempos de crisis, todos nos refugiamos en los medios públicos, y a los representantes públicos les corresponde en consecuencia dirigir la respuesta. De la crisis saldremos gracias a lo público; gracias, pues, a las decisiones políticas que generaron sus capacidades y a las que lo ponen en funcionamiento. Saldremos gracias a las instituciones de todos.

Unas instituciones que integran hoy necesariamente diversos niveles. Frente a quienes ven en la crisis una oportunidad para recuperar el protagonismo de los estados o poner en duda las instituciones supranacionales, este libro nos pone ante una realidad incuestionable que su autor expresa como la disociación de los grandes asuntos políticos del Estado como marco único de generación, impacto y solución. Por ello, el Estado, y en concreto España, actúa hoy en distintos niveles: algunos de ámbito más reducido, autonómico y local, y otro más amplio, el de la Unión Europea. Todos ellos son, a mi juicio, necesarios y están profundamente interconectados. Con el

fin de mejorar la respuesta a los nuevos retos hemos decidido que el poder sea, de nuevo en palabras de Daniel, «una capacidad distribuida».

El lector encontrará en estas páginas argumentos para reforzar la dimensión europea de nuestras capacidades, pero lo hará consciente de los límites actuales de las instituciones de la Unión y de las razones de esos límites, condición necesaria para su superación.

Segundo aspecto: las finalidades a las que sirve la política no se alcanzan de modo automático. La política la hacemos personas, y de nuestra responsabilidad y acierto depende que el sistema parlamentario funcione y que sus fines se hagan reales también en la gestión y superación de las crisis. En tales casos, el pluralismo de nuestras instituciones debe ser solo un instrumento real para mejorar el camino hacia el objetivo que ahora todos compartimos: superar la crisis del Covid-19. Para ello es requisito inexcusable el respeto por el otro; un respeto que nace de la necesaria humildad de cada uno, de la conciencia de las limitaciones, las propias y las que impone la realidad, de la exigencia de asumir las propuestas útiles, independientemente de su procedencia, y también del reconocimiento del esfuerzo y la voluntad del otro. Al debate político y partidista en tiempos de crisis puede aplicarse lo que Daniel afirma sobre el debate entre estados dentro de la Unión: «Nunca he sido partidario de la dicotomía egoísmo/solidaridad a la hora de abordar los debates de la Unión Europea porque moralizar los problemas nos introduce en un mundo de culpabilizaciones que impide entender sus dimensiones. Es mejor partir de la idea del interés propio bien entendido y abordarlo desde la perspectiva de lo común, tratando de identificar las amenazas y oportunidades que compartimos».

Admitamos las limitaciones y asumamos, sin rendirnos, que en ocasiones chocaremos con obstáculos insuperables. Ni la ciencia ni la política son infalibles. Desconfiamos de quienes lo tienen todo claro, pues en el debate público no hay mejor señal de soberbia ni mayor riesgo de error. Con muertes de seres queridos, con afectación de los negocios, con incertidumbre sobre el futuro, con pisos pequeños y sin luz... sé que es difícil, pero más que reproches y diatribas, demoliciones y bilis, hace falta prudencia, serenidad, comprensión y empatía. Respeto por el trabajo y la contribución ajenos y prudencia en su valoración; comprensión por el esfuerzo realizado e incluso por la impotencia que pueda encontrar; implicación en la oferta de respuestas; empatía y solidaridad con quienes más sufren, con quienes pierdan recursos, fuerzas y, sobre todo, personas queridas. Esos son los signos que distinguen a quienes luchan contra la crisis, quienes se comprometen para superarla, frente a quienes querrán utilizarla para sus intereses.

En estas semanas, los responsables públicos hemos asumido íntimamente la decisión de incluir siempre en nuestras intervenciones el agradecimiento, institucional y personal, a quienes durante la crisis trabajan por el conjunto de los ciudadanos: trabajadores públicos, gestores, responsables, profesionales y empleados en servicios esenciales, fuerzas de seguridad y tantos otros junto a los profesionales sanitarios que asumen además el riesgo para su propia salud y su vida. A su lado, palidece el agradecimiento a Daniel Innerarity por este texto, pero en su justa medida es enormemente gratificante encontrar una reflexión serena, constructiva y coherente con las virtudes que defiende de honestidad, humildad, respeto al otro y aprendizaje. Gracias pues, también, a quienes reflexionan, sobre todo cuando lo hacen desde la humilde voluntad de aprender antes de enseñar.

MERITXELL BATET

Presidenta del Congreso de los Diputados

PRESENTACIÓN

Cuando iba a estallar la primavera de 2020 lo que realmente estalló fue una crisis sanitaria de inusitadas dimensiones; el Covid-19 se convirtió en el intruso protagonista de nuestras vidas... y el causante de muchas muertes. Al desconcierto inicial y las medidas políticas titubeantes siguió un confinamiento que todos recordaremos y valoraremos de muy distinta manera según nuestras condiciones personales. En mi caso se da la circunstancia de que mi reclusión con Teresa, Javier y Jon es exactamente la que habría querido en el caso de haber tenido la posibilidad de elegir a mis compañeros de encerramiento.

A quien está habituado por oficio a pasar horas y días leyendo y escribiendo en una relativa soledad este tipo de experiencias le distorsionan menos que a quienes llevan otro tipo de vida. Para mí fue una oportunidad -el reverso de esa desgracia colectiva que padecemos- que me hizo pensar en el tipo de mundo en el que vivimos. Acababa de publicar un extenso libro (*Una teoría de la democracia compleja. Gobernar en el siglo XXI*, Galaxia Gutenberg) y la crisis me obligaba a verificar si mi teoría de la democracia encajaba con la sociedad que la emergencia sanitaria había sacado a la luz y se correspondía con aquella a la que deberemos encaminarnos. El desconcierto ante la crisis pone de manifiesto que no estamos suficientemente preparados para gestionar problemas complejos. No me atrevo a decir que la crisis me haya dado la razón en ningún sentido, aunque solo sea porque a los presuntuosos se los lleva siempre la realidad por delante. Mi única satisfacción es constatar que el marco teórico que había construido en aquel libro permitía entender bastante bien lo que nos estaba pasando y lo que deberíamos hacer. Así lo debieron entender los medios de comunicación que me pidieron en esos días opinión sobre lo que estaba sucediendo y a resultas de lo cual escribí buena parte de los textos que componen este libro. Siempre he pensado que cuando se recurre a un filósofo para tratar de hacer inteligible una situación es porque han fracasado antes todos los que eran más competentes para ello, de modo que esa solicitud no me pone especialmente contento; más bien pienso que es un síntoma de la gravedad de la situación.

Según su etimología, una pandemia es una enfermedad infecciosa que afecta a todos, mientras que una epidemia tendría un área geográficamente limitada. Podríamos decir que nuestros instrumentos de gobierno están diseñados para gestionar epidemias y no pandemias, en tanto que son instituciones locales y no globales. De ahí la primera sensación de impotencia frente a un fenómeno que exige una mayor integración política de la humanidad, en la línea de fortalecer las instituciones transnacionales o la gobernanza global y, en general, una transición hacia formas de inteligencia cooperativa, porque los actuales modos de gobernar son claramente insuficientes en el mundo en el que vivimos. La definición de democracia apunta a que todos los afectados por una

decisión deben poder participar en ella, a que debe coincidir la comunidad de los afectados con la de quienes deciden. En este sentido, la crisis del coronavirus sería un acontecimiento *pandemocrático*, como todos los riesgos globales. Se da la paradoja de que un riesgo que nos iguala a todos revela al mismo tiempo lo desiguales que somos, provoca otras desigualdades y pone a prueba nuestras democracias. De todo ello hablo en este pequeño libro, que no es más que una reflexión filosófica de urgencia realizada en un momento excepcional de nuestra historia.

Durante las semanas de reclusión se lanzó la iniciativa de aplaudir a una hora del día a quienes estaban cuidando de nuestros enfermos en los centros sanitarios. En mi caso, por vivir en una casa aislada en un pequeño pueblo de Navarra, ese aplauso hubiera sido un testimonio sin testigos y por eso pensé que mi manera de aplaudir era pensar y escribir, tratando de ofrecer a los demás una teoría de lo que está pasando. Si la teoría pudiera ser un aplauso, este libro sería su formato.

Zarikiegi, 14 de abril de 2020

1

LA COMPLEJIDAD DE UNA PANDEMIA

En los momentos de crisis las urgencias ponen en un primer plano a las personas prácticas, a quienes organizan y deciden, asumiendo unos riesgos que a cualquiera le sobrepasarían. Sin ser la voz más importante, creo que es necesario escuchar también a quienes hacen algo en apariencia tan poco resolutivo como interpretar lo que nos está pasando. Una teoría de la crisis no es, ni siquiera en estos momentos de prioridad y triajes, algo ocioso. Conocer y designar adecuadamente la naturaleza de la crisis es una condición necesaria para que tomemos las mejores decisiones. Pensemos que detrás de muchas decisiones equivocadas había más ignorancia que falta de resolución: designar la crisis como una guerra, calificar al virus de extranjero, confundirse con la función que les corresponde a los expertos en una crisis, por no mencionar nuestras faltas de atención colectiva a la realidad cuando se trata de dimensiones latentes y que solo son visibles a largo plazo. Si buena parte de nuestros errores prácticos se deben a fallos teóricos, no deberíamos considerar a la teoría como una pérdida de tiempo, ni siquiera en estos momentos.

Cuando comenzamos a verificar la profundidad de la crisis se nos agolpan las preguntas que remiten a una teoría de la sociedad tras el coronavirus: todo lo que hemos teorizado hasta ahora sobre la democracia y la política, acerca de la relación entre lo público y lo privado, el sentido de las naciones y la justificación de Europa o, más aún, sobre la naturaleza del mundo en el que vivimos requiere una nueva interrogación. Es posible que las cosas no se transformen tanto como hubiéramos temido o deseado; puede que cambien hasta el punto de que no nos sea posible siquiera concebirlo. En cualquier caso, conocer es cada vez menos aprenderse un listado de acontecimientos gloriosos del pasado y tiene que ver con el aprendizaje, es decir, con el conocimiento del futuro. En civilizaciones dinámicas y volátiles la sabiduría debida a la experiencia no tiene más remedio que ser progresivamente sustituida por operaciones que podrían caracterizarse como aprender del futuro: previsión, prevención, anticipación, precaución...

Una de mis preocupaciones desde hace años es que debemos pensar en términos de complejidad sistémica y transformar nuestras instituciones para gobernar los sistemas complejos y sus dinámicas, especialmente cuando nos enfrentamos a riesgos encadenados, es decir, cuando múltiples cosas pueden salir mal juntas. A estas alturas es evidente que la crisis no ha sido abordada con esta perspectiva en todas sus fases. Al comienzo de la crisis muchos actores políticos y analistas la consideraron algo parecido a una gripe estacional, localizada en una región de un país lejano, y nos advertían de que lo único que debíamos temer es a la sobrerreacción del pánico. Se manejaban unas cantidades de contagios y fallecimientos que sugerían algo de

limitadas dimensiones, sin caer en la cuenta de que los números apenas permiten calcular el riesgo en los sistemas complejos. Esos números deben ser entendidos en el contexto de un sistema general que incluye la consideración del modo en que una epidemia actúa sobre las infraestructuras sanitarias, así como la reverberación de esos impactos. Si no se piensa en términos sistémicos, si los datos se toman aisladamente, las tasas de contagio y mortalidad podían considerarse como no alarmantes. Vistas las cosas desde una perspectiva sistémica, incluso unas cifras pequeñas anuncian un posible desastre. Es cierto que la gripe mata anualmente a muchísimas personas, pero la comparación no era esa. El problema era lo que podía significar añadir una pandemia de coronavirus a una gripe estacional en su momento más álgido y hasta qué punto esto podía colapsar el sistema sanitario.

La teoría de los sistemas complejos distingue entre las interacciones lineales y las no lineales o complejas. En las primeras podemos sumar cantidades para adivinar el impacto combinado. Estamos manejando sucesos predecibles que corresponden a nuestras expectativas e infraestructuras, de manera que podemos anticiparnos preventivamente. En cambio, dinámicas no lineales son aquellas en las que una cosa no se añade simplemente a otra, sino que se generan efectos de cascada de manera que pequeños cambios acaban convirtiéndose en transformaciones masivas. El coronavirus es un evento de este segundo tipo. ¿Por qué?

Nuestros sistemas sanitarios tienen una capacidad limitada: no pueden tratar a la vez más que a un número determinado de personas y sus unidades especializadas (como las UCI) actúan como cuellos de botella cuando hay una avalancha de enfermos graves. Una enfermedad viral inesperada que coincide con la gripe estacional no es simplemente el doble de trágica que la gripe, sino que es potencialmente catastrófica. Las características del coronavirus ponen de manifiesto que los pacientes necesitan recursos especialmente costosos. Lo relevante a efectos de entender la gravedad de la pandemia no era la tasa que arrojaba, sino que una sobrecarga de las UCI por el coronavirus provocaría también muertes debidas a otra causa: desde infartos, accidentes de tráfico o ictus, es decir, todo aquello que requiere una respuesta inmediata para garantizar la supervivencia y que no podía ser atendido como se merecía en un momento de colapso.

La expresión «aplanar la curva» es un ejemplo de pensamiento sistémico. El confinamiento y la distancia que decretan las autoridades no se debe al riesgo que cada uno de nosotros podemos correr individualmente, sino que sirve para que no se produzca un contagio masivo que colapse los hospitales. Para identificar este tipo de medidas y para entenderlas es necesario pensar sistémicamente. Los titubeos de los primeros momentos de la crisis manifiestan que nuestro pensamiento dominante es lineal y la manera de diseñar nuestras instituciones (alerta, gestión, atención sanitaria, logística, comunicación...) es todavía deudora de un modo de pensar muy simple que tiene dificultades para hacerse cargo de fenómenos complejos, como la crisis climática o la inestabilidad de una economía financiarizada, que ya nos han dado alguna señal de alerta.

Los aprendizajes nunca están asegurados y puede haber lecciones que no sean atendidas. Habrá enseñanzas prácticas de diverso tipo, pero también alguna teórica, y entre ellas me atrevo a señalar como una de las más importantes la de pensar en clave de complejidad. La crisis del coronavirus es uno de esos acontecimientos que no se pueden comprender ni gestionar sin un pensamiento complejo, pero hay otros muchos que nos están exigiendo una nueva manera de pensar la realidad.

Realizar este tipo de aprendizajes colectivos es fundamental ya que nuestro mundo se

caracteriza porque, además de cambios graduales o previsibles, cada vez hay más lo que se viene llamando cambios discontinuos, repentinos, no anticipados, y que modifican las sociedades de un modo catastrófico. Una pandemia es un caso típico de esta clase de acontecimientos. La dificultad de precedir estas irrupciones no es solo acerca de *cuándo* van a suceder, sino incluso sobre su naturaleza, de manera que no sabemos exactamente *qué* va a suceder (o qué ha sucedido y qué va a cambiar después). Este es un territorio que desconocemos, y tampoco lo conocen quienes tienen que gestionarlo, expertos y políticos. De ahí que las decisiones para hacer frente a la crisis tengan un cierto carácter de improvisación y experimento, e incluso estén llenas de errores, especialmente cuando no se ha identificado bien la naturaleza del problema. La mayor parte de estas equivocaciones prácticas obedecen a falta de conocimiento, bien porque no se ha hecho el esfuerzo correspondiente (generación de saber experto, deliberación colectiva, previsión y estrategia), bien debido a que la propia naturaleza de estos fenómenos los pone fuera del alcance de nuestro conocimiento.

La cuestión final que me inquieta es hasta qué punto los seres humanos aprendemos de las crisis. Decía Paul Nizan que «no toda caída tiene lugar hacia abajo», para advertir que los humanos podemos caer hacia arriba, es decir, arruinarnos con el éxito o ser infelices en la prosperidad. Podemos invertir la sentencia y asegurar que los seres humanos no aprendemos necesariamente de los fracasos. No toda caída es el precedente de una subida. Las crisis solo enseñan a quien estaba en disposición de aprender y mucho me temo que nuestras sociedades, pese a las repetidas advertencias que nos ha hecho la historia en este siglo XXI, tan salpicado por diversas crisis (terrorismo, cambio climático, crisis económica, desintegración europea), han mostrado una gran pereza para entender qué enseñanzas nos daba cada una de ellas y abordar la correspondiente modificación institucional. Tampoco quiero decir con esto que las enseñanzas de la historia sean inequívocas como si hubiera una especie de signos de los tiempos a los que no tuviéramos sino que rendirnos. Los aprendizajes humanos tienen lugar en entornos confusos, en medio del pluralismo social, a través de las instituciones que canalizan esas controversias en las que vivimos, desde la ciencia hasta las instituciones políticas. La gran cuestión que debería preocuparnos es si esa «inteligencia de la democracia» (definida por Charles Lindblom) que fue capaz de dar una respuesta a los conflictos de los siglos XIX y XX comparecerá cuando se trata de abordar los riesgos globales del siglo XXI.

2

EL FINAL DE UN MUNDO

Cada vez que irrumpe una crisis se forma un coro que asegura que nada volverá a ser como era, se establece un consenso neokeynesiano y cesan por un momento las disputas. Como ya llevamos unas cuantas crisis en lo que va de siglo, en esos momentos me viene a la memoria un texto del dramaturgo alemán Botho Strauß. En un restaurante un personaje grita de pronto «¡pst!» hacia la masa locuaz y dispersa de comensales, en un tono tan alto que todos le miran y cede el fragor de voces. Entonces sacude la cabeza: «no, no era nada». Los comensales se ríen tontamente y se burlan del hombre que les había invitado a escuchar y, aunque solo por unos segundos, había convertido la más variopinta amalgama en un conjunto que escuchaba en perfecta armonía. Como en aquella escena, pasará este momento de fusión, volveremos a la diversidad de opiniones e intereses, al reñidero habitual, y nos preguntaremos si hemos aprendido lo que debíamos.

Las crisis comienzan según el modo en que nos hacemos cargo de ellas; el diagnóstico que trata de hacerlas inteligibles condiciona el tipo de respuesta práctica que damos. Y aquí las pérdidas de tiempo no se han debido a la indecisión, sino a deficiencias cognitivas. Quisimos hacer inteligible la crisis con categorías inadecuadas. Un gran error de concepto es calificarla como una guerra, con una loable intención de mantenernos atentos y favorecer la disciplina, pero también hasta el extremo ridículo de designar un culpable ejército de virus extranjeros, como hizo Trump. La otra categoría equivocada es remitir la explicación y la solución al comportamiento personal. Por muy razonable que sea apelar a la protección individual y alabar la solidaridad cívica, la crisis revela, para bien o para mal, las condiciones estructurales en las que vivimos. La solución es una cuestión de inteligencia colectiva, organización y protección pública. Aunque sean emocionantes los aplausos, el voluntariado imaginativo, la generosidad de ciertas empresas o la solidaridad de los chinos, que no nos engañen: esto va de servicios sociales y un sistema público de calidad (sostenidos por contribuyentes, no por donantes).

A la hora de explicarnos lo que sucedía hemos cometido un error similar al de las narrativas dominantes en la crisis económica de 2008: explicarlo por causas individuales en vez de por condiciones sistémicas. La derecha hizo caer el peso de la responsabilidad en quienes habían vivido «por encima de sus posibilidades» y la izquierda en quienes nos habían estafado, perdiendo así de vista los motivos estructurales de la crisis, como la débil gobernanza global, una política crediticia irracional o la falta de medidas financieras anticíclicas. El problema no era tanto el comportamiento de los elementos del sistema (consumidores o entidades financieras) como su estúpida agregación. Algo parecido nos estamos creyendo ahora. En el extremo de los

conspiranoides la explicación tranquilizadora es que el virus se ha creado en un laboratorio (cuando lo cierto es que su origen se ha debido a procesos naturales), pero también nuestras razonables autoridades dirigen la responsabilidad hacia los individuos y descargan así la de las instituciones (la debilidad del sistema sanitario público, la falta de previsión y estrategia en los gobiernos y las administraciones...). Por supuesto que debemos actuar de acuerdo con las instrucciones que nos dan en materia de higiene y mantenimiento de la distancia social, pero no podemos aceptar que se ponga sobre nuestras espaldas todo el peso de los límites del sistema sanitario.

Tampoco pretendo culpabilizar más de lo estrictamente necesario. Nos encontramos en medio de un problema que es, de entrada, epistemológico antes que epidemiológico. Los seres humanos nos vemos obligados a pensar de otra manera el mundo cuando estábamos acostumbrados a concebirlo de un modo que ya no nos lo hace inteligible. Tenemos dificultades a la hora de enfrentarnos a este tipo de riesgos y ajustar nuestro comportamiento. Pensamos en términos de riesgo individual y se trata de riesgo colectivo; tendemos a pensar causalmente y no probabilísticamente; de un modo lineal cuando los acontecimientos de este estilo discurren de una manera no lineal.

Esta crisis no es el fin del mundo, sino el fin de *un* mundo. Lo que se acaba (se acabó hace tiempo y no terminamos de aceptar su fallecimiento) es el mundo de las certezas, el de los seres invulnerables y el de la autosuficiencia. Entramos en un espacio desconocido, común y frágil, es decir, un mundo que tiene que ser pensado sistémicamente y con una mayor aceptación de nuestra ignorancia irreductible, cuando se nos hace manifiesto que debemos aceptar nuestra inserción material y corporal en un entorno natural que no es una mera externalidad o un recurso y que nos introduce en comunidades de afectación para las cuales tenemos que diseñar nuevas formas de protección.

Cada vez es más irreal el supuesto de que vivimos en un mundo calculable, previsible y obediente a nuestras órdenes. Hay en nuestras sociedades una opacidad estructural que es muy diferente de la ignorancia propia de otras épocas: la intransparencia de un mundo densamente interrelacionado y con tecnologías cuya complejidad hace muy difícil anticipar todos sus posibles efectos. En sociedades más simples la ignorancia se debía a la escasez de datos e interacciones, a la limitación del mundo accesible, a la monótona homogeneidad, a los peligros naturales, a la imprevisibilidad de los enemigos exteriores. En las sociedades actuales nuestro desconocimiento obedece, en cambio, a la ininteligibilidad de un mundo de interdependencias, al exceso de información y ruido, al carácter abierto y deslimitado de la realidad, al aumento de extrañeza en nuestra vida cotidiana, al comportamiento imprevisible de nuestras tecnologías y sus posibles impactos, a la amenaza que somos para nosotros mismos cuando producimos agregaciones fatales, como el pánico o la euforia destructivas.

Tendremos que acostumbrarnos a vivir y gobernar un mundo en el que hay muchas cosas que desconocemos, en el que las decisiones son arriesgadas y la información incompleta. A este respecto, no estamos teniendo la modestia requerida al juzgar si son adecuadas las respuestas políticas a la crisis. Habrá muchos motivos para la crítica, sin duda, pero el tono de algunas revela que hay quien no ha entendido que hemos entrado en un terreno que apenas conocíamos, en el que las decisiones tienen un cierto carácter de apuestas y no están precedidas por razones abrumadoras, pese al consejo de los expertos. Entre las cosas que esta crisis debería llevarse por delante está el cuñadismo, los que tienen razón a posteriori, los colapsólogos y los abonados al

pensamiento positivo. En ocasiones como esta lo más difícil es saber lo que hay que hacer en el momento oportuno, no tanto la verdad científica sino la oportunidad política, o mejor, la correcta articulación entre conocimiento y organización.

El saber que se pone en juego en estos momentos es plural y atiende a distintos indicadores y valores. Médicos, economistas y políticos observan la realidad desde distintas perspectivas y tratan de proteger cosas diferentes y en ocasiones difícilmente compatibles: la contención de la pandemia, el crecimiento económico, las razones de oportunidad política... Ni siquiera dentro de la medicina se comparte el mismo criterio de salud y seguramente los psicólogos y los nutricionistas advertirán de los efectos negativos de un confinamiento que frena la pandemia, pero desarregla otras cosas. Incluso algunos llaman la atención sobre el hecho de que el medio ambiente podría beneficiarse de esta crisis, lo que pone de manifiesto que los subsistemas que componen el mundo tienen distintos criterios de evolución y no se desarrollan al mismo tiempo y con los mismos valores. Todo esto evidencia que el saber a partir del cual tenemos que tomar las decisiones no es un saber monopolizado por nadie o indiscutible, sino plural y revisable.

Esto no es una excusa para dejar de dar la batalla del conocimiento; lo que ocurre es que ese conocimiento nos debería preparar para gestionar el desconocimiento que necesariamente va a acompañarnos y mejorar nuestro modo de gobernar un mundo más imprevisible. Los procedimientos jerárquicos y verticales son ahora gesticulaciones de soberanía, cuando lo que necesitamos es articular una inteligencia distribuida de manera dispersa y formas de autoorganización coordinada. Lo único que nos puede salvar hoy es el conocimiento compartido y la cooperación.

El otro concepto crucial para entender la crisis es el de incertidumbre. Habíamos escuchado discursos acerca de la incertidumbre como la nueva normalidad, pero cada vez tenemos más ejemplos de que las constelaciones especialmente complejas de actores y factores nos obligan a desarrollar unas habilidades especiales que tal vez los humanos no necesitábamos cuando vivíamos en un mundo de peligros locales, pero no de riesgos globales. Desde el punto de vista del conocimiento, se da la paradoja de que esta crisis revaloriza el saber de los expertos pero pone de manifiesto hasta qué punto es insuficiente este saber en relación con el tipo de decisiones que hemos de tomar, decisiones que por muy informadas que estén siguen teniendo una dimensión de apuesta. Aumentar nuestro conocimiento es tan necesario como gestionar ese desconocimiento que, pese a todo, no va a disminuir con el incremento del saber.

Una tercera cuestión que plantea esta crisis es la de nuestra común vulnerabilidad. Comprobamos una vez más que la globalización es un proceso que no ha venido suficientemente acompañado por instrumentos de protección social acordes con las amenazas a las que nos expone. Vivimos entre el *ya no* de los estados y el *todavía no* de la gobernanza global. El momento neokeynesiano en el que nos encontramos -perfectamente simbolizado en el aumento de gasto público, una cierta militarización y el cierre de fronteras- no debería llevarnos a la conclusión de que ha vuelto el Estado nacional. El Estado que actúa en la urgencia de la crisis es un Estado que carece de los recursos -conocimiento, dinero y poder- que serían necesarios para proteger efectivamente a las sociedades deslimitadas. Avanzar en la gobernanza global sigue siendo el procedimiento más adecuado para conseguir los objetivos de igualdad, democracia, prosperidad y transición ecológica que ya no resultan alcanzables con los instrumentos de los estados nacionales.

3

VIRUS CONTRA EL POPULISMO

Desde el punto de vista de las personas, se habla de que las más afectadas por la crisis del coronavirus serán las más vulnerables, pero desde el punto de vista ideológico, lo más afectado va a ser el populismo. Hay tres cosas que los líderes populistas detestan y que este tipo de crisis revaloriza: el saber experto, las instituciones y la comunidad global.

Empecemos por lo primero, el conocimiento experto. En los tiempos álgidos de las crisis suele tener lugar una revalorización del saber experto. Esto ya ocurrió en 2008-2009, donde fueron clave las decisiones de la Reserva Federal de Estados Unidos o el Banco Central Europeo, incluso aunque algunas de sus recomendaciones fueran impopulares. También es cierto que los expertos cometieron errores, como la falta de previsión antes de la crisis económica o la obsesión con la austeridad durante ella. Pero en general, el saber experto se valora más en unos momentos de inquietud e incertidumbre en los que fluye con tanta facilidad la desinformación en las redes sociales.

Pensemos cómo contrasta dicha necesidad con el desprecio que tiene Trump hacia la ciencia y cómo hizo caso omiso de las advertencias que le hacían sus asesores, llegando a afirmar incluso que se trataba de una simple gripe y que podría beneficiar a la economía americana, mientras reducía los fondos de la oficina dedicada a las pandemias en el Consejo de Seguridad Nacional. O recordemos a Pablo Casado acusando a Pedro Sánchez de «parapetarse en la ciencia» para luchar contra una pandemia, como si fuera mejor dejarlo en manos de un vidente o de un par de astrólogos.

Con esto no quiero decir que hayamos de confiarlo todo a los expertos, sino simplemente que su opinión ha de ser considerada con especial atención. Tampoco los técnicos están completamente de acuerdo y el margen de decisión política existe. Ha habido una diversidad de estrategias, cada una apoyada por sus correspondientes expertos, como la británica y la holandesa de contagio controlado frente a la euroasiática de confinamiento. Y la democracia no es un gobierno de los expertos, sino un gobierno popular y representativo en el que hay que articular un conjunto de voces, instancias y valores, entre los que el conocimiento, sin ser la única razón, es muy importante, especialmente en medio de una crisis como esta. En cualquier caso, una de sus enseñanzas debe ser que tendríamos que salir de esta situación con un estilo de gobierno más cognitivo y menos ideológico.

La segunda dimensión que gana importancia con la crisis es la lógica institucional. No es un momento de grandes líderes que se dirigen verticalmente a sus pueblos, sino de organización,

protocolos y estrategias, cuando se valoran especialmente los servicios sociales y un sistema público de calidad. Todo esto va de inteligencia colectiva, tanto en lo que se refiere a la respuesta médica como a la organizativa y política. Por supuesto que es muy importante la comunicación que realice un presidente, pero mucho más decisiva es nuestra capacidad colectiva de gobernar las crisis, que incluye su previsión y gestión. Estamos en una crisis inédita que era muy difícil de anticipar, pero que nos encuentra con un sistema político infradotado de capacidad estratégica, demasiado competitivo, volcado en el corto plazo, oportunista y con escasa disposición a aprender. Y el valor clave de las instituciones es la confianza: venimos de una crisis de confianza en las instituciones, que no hemos sido capaces hasta ahora de recuperar.

La lógica institucional requiere lealtad y confianza (entre los diversos niveles territoriales, entre gobierno y oposición, entre sociedad y sistema político), recursos de los que estamos muy escasos. En el fondo todos los agentes políticos piensan que esto es una gran oportunidad para obtener algo que no se puede conseguir sino en virtud de una gran catástrofe: el asentamiento del gobierno, la recentralización, la alternancia en el poder... En el subconsciente de este sistema político está la idea de que la vida institucional ordinaria no cambia nada, que beneficia a quien gobierna, y que todas las alternancias se deben a catástrofes bien aprovechadas: los atentados de Atocha, la crisis económica, quién sabe si este virus... Es una señal clara de nuestra debilidad institucional.

Y en este contexto surge la polémica acerca del estado de alarma. Creo que nadie ha puesto en duda la necesidad de coordinarse para afrontar la crisis, pero, sin perder demasiado tiempo en ello, es lógico (y democrático) que la forma concreta de hacerlo pueda ser discutida. Una cosa es tener la competencia y otra tener la capacidad de resolver una crisis de tal magnitud. La posibilidad de decretar un estado de alarma y unificar el mando no equivale a tener el poder efectivo; en sociedades complejas, en un Estado compuesto, con toda la necesidad de coordinación y liderazgo que se deba, el poder es una capacidad distribuida. Donde los problemas tienen que ver con una diversidad de factores, las soluciones también deben ser cooperativas. Esto no se resuelve sin liderazgos reconocidos, pero tampoco sin una gigantesca movilización social, de los distintos niveles de gobierno, del personal sanitario, de la ciencia, de los microcomportamientos individuales...

El tercer factor que se revaloriza con la crisis es la comunidad global. Esta crisis nos golpea en un momento de antiglobalismo (Brexit, Trump, guerras comerciales, proteccionismo, unilateralismo, Europa desunida), una situación muy similar a la de los años treinta del siglo pasado.

Ahora bien, aunque la crisis parece reforzar en un primer tiempo la tendencia al cierre nacional, al interés propio, en la medida en que descubrimos hasta qué punto nuestros destinos están compartidos y no hay nadie plenamente aislado y a salvo, se abre el momento de una respuesta cooperativa. Se trata de contener la expansión global del virus, pero no solo dentro de nuestras fronteras porque los virus apenas se neutralizan con las estrategias de delimitación o confinamiento, que solo consiguen frenar ligeramente su expansión. Las medidas de cierre son solo coyunturales; la verdadera salida es la cooperación, en la ciencia, en la política, en la economía... No hay solución con el mando único ni con el interés propio perseguido a costa del de los demás. Ya lo advirtió Ulrich Beck tras la catástrofe de Chernóbil: aunque pueda haber un primer impulso proteccionista, los riesgos compartidos son el principal factor de unidad de un mundo en el que todos estamos igualmente amenazados.

4

EL DRAMA DE DECIDIR

Se cuenta que un sacerdote vino a ver a Henry David Thoreau moribundo para aportarle los consuelos de la religión y evocarle otro mundo, el de más allá. A lo que Thoreau, sonriendo levemente, le habría respondido: «por favor, un solo mundo a la vez». Al margen del asunto religioso, una cuestión inquietante se nos plantea en la vida con frecuencia: ¿a cuántos mundos pertenecemos? ¿Cuántas cosas tenemos que tener en cuenta a la vez? ¿Cómo compatibilizamos las diversas perspectivas posibles sobre la realidad? La figura del payaso de circo teniendo que mantener en movimiento varios platos al mismo tiempo es una buena ilustración del lío de la vida y del dramatismo de algunas decisiones que equivalen a no poder prestar la misma atención a todos esos platos.

Momentos como las crisis nos ponen delante esta diversidad de perspectivas de una manera trágica. Quienes han tenido que tomar las decisiones más importantes para hacer frente a la crisis del coronavirus no podían permitirse el lujo de ocuparse de un solo mundo, sino que tenían que atender a varios al mismo tiempo y con valores e intereses divergentes: el imperativo de la salud pública, en primer lugar, pero también el funcionamiento de la economía, las necesidades de la escolarización, la importancia de la cultura precisamente en estos momentos... Me imagino en su piel decidiendo a favor de algún objetivo que consideraban prioritario y sabiendo que con ello dañaban gravemente a otro. El triaje de los médicos está precedido por el no menos trágico de los políticos. ¿Damos prioridad a la salud sobre la economía? ¿Es más importante el derecho de manifestación que el todavía incierto riesgo de contagio? ¿Es el confinamiento una buena decisión cuando sabemos que con ello se daña seriamente la escolarización?

Los sociólogos han llamado «diferenciación funcional» al proceso por el cual, a medida que avanza la civilización, donde antaño había un «hecho social total», como lo denominó Marcel Mauss, hay ahora esferas distintas o subsistemas sociales, cada uno de ellos con su propia lógica: la economía, la cultura, la sanidad, el derecho, la educación... La sociedad es un conjunto mal avenido de perspectivas; desde el punto de vista económico, el mundo es un problema de escasez; desde el punto de vista político, algo que debe ser configurado colectivamente... Lo que es plausible para un comprador es distinto si lo observa un elector o un artista... Estas esferas no se integran armónicamente y plantean muchos problemas de compatibilidad e incluso conflictos abiertos. El caso más chocante es lo que está pasando con el medio ambiente, que ha mejorado con el parón de la economía. Otro caso curioso: la reducción de tráfico aéreo está disminuyendo la cantidad de datos atmosféricos necesarios para realizar predicciones, que también son

importantes para conocer la extensión de la pandemia. Lo que va bien para unos puede ser devastador desde otra consideración. Esa pluralidad de perspectivas se verifica también en el interior de cada esfera: no todos los epidemiólogos ven las cosas de la misma manera y tampoco lo hacen quienes se ocupan principalmente de la salud. Seguro que los psicólogos y los pediatras tendrían algunas objeciones al actual protagonismo de la perspectiva epidemiológica a la hora de abordar la crisis.

La política es precisamente el intento de articular esa diversidad de perspectivas. Pierre Bourdieu definió al Estado como «un punto de vista de los puntos de vista» y declaraba que esa observación privilegiada ya no era posible por la dificultad de determinar el bien común a nivel de la sociedad entera. Seguramente el sistema político no goza ya de tantos recursos; su conocimiento y su autoridad son muy limitados, por lo que tendrá que procurárselos de una manera a la que no está acostumbrado, con una lógica de generación de confianza más que de poder soberano. Las sociedades tienen que actuar como si estuvieran unidas sabiendo que no lo están; no hay manera de imponer un único criterio dominante acerca de lo que debe hacerse. Las crisis abren un paréntesis, silencian momentáneamente esa diversidad, propician una autoridad unificada y una obediencia insólita, pero no son más que interrupciones temporales de la discordia habitual entre las distintas perspectivas sobre la realidad.

Que haya varias perspectivas sobre un mismo asunto no nos exime de la obligación de acertar con la que es más importante en cada caso; sirve para que caigamos en la cuenta del dramatismo de las decisiones en un entorno de complejidad, como lo es especialmente una crisis. La exigencia de responsabilidades ha de tener siempre en cuenta estas tensiones y quienes deciden han de mejorar los procedimientos de la decisión. La complejidad no es una disculpa sino una exigencia. A diferencia de Thoreau, que pasó buena parte de su vida en una cabaña de un bosque, tenemos la suerte y la desgracia de vivir en varios mundos a la vez.

5

LA CRISIS DE LAS GENERACIONES

Se dice que las catástrofes, como esta del coronavirus, afectan a todos por igual, que no conocen fronteras, pero no lo parece, al menos si atendemos a las fronteras de la edad. Las guerras diezman a las poblaciones en sus jóvenes, pero esta crisis lo hace principalmente llevándose por delante sobre todo a sus mayores. Cada tipo de crisis tiene su propio grupo de riesgo y afectación. Si comparamos la crisis sanitaria y la ecológica, por ejemplo, nos encontramos con un impacto muy diferente. Esta crisis del coronavirus amenaza principalmente a los mayores, mientras que la crisis climática perjudica más a los jóvenes, que padecerán sus efectos más que quienes la han provocado o no han hecho lo suficiente para detenerla; es otra de las razones que explican que en una sociedad envejecida haya una mayor reacción al coronavirus que al cambio climático. Por eso se ha podido afirmar que la crisis del coronavirus es una crisis de los mayores y la crisis climática es una crisis de los jóvenes. Dramatizando al máximo esta tensión, el vicegobernador de Texas, Dan Patrick, criticaba el confinamiento y defendía la continuidad de la actividad económica asegurando, con una lógica brutal, que los abuelos deberían estar dispuestos a morir para salvar la economía de sus nietos. Nuestra aspiración como sociedades democráticas ha de ser la inclusión, es decir, tratar de tener en cuenta los intereses de todas las personas, pero que haya ese deber no significa que la tensión no exista.

Muchas de las decisiones que tomamos tienen repercusiones en términos de justicia generacional porque impactan más en unas generaciones que en otras. El aumento de las pensiones importa más a las personas mayores (porque son quienes las reciben o las van a recibir), mientras que el cuidado del medio ambiente debería preocupar más a los jóvenes, pues ellos sufrirán el cambio climático. En cambio, quienes tienen una expectativa de vida más corta apenas notarán los inconvenientes de una degradación que impactará sobre todo en un futuro no inmediato. Del mismo modo que muchos *boomers* pueden estar poco sensibilizados a las cuestiones ecológicas (que apenas les afectarán y no estuvieron en su formación política) los *millennials* son cada vez más conscientes de que el bien común medioambiental les incumbe especialmente e incluso pueden sentir que pagarán los costes de un consumo y una carga de pensiones que no están disfrutando. Tal vez la movilización en torno a Greta Thunberg fue un cambio significativo a este respecto.

El contrato que fundamenta nuestras sociedades no es solo entre los miembros de una misma generación, como los trabajadores y propietarios actuales cuyos intereses se transaccionan en la típica negociación sindical; el contrato social también debería equilibrar los intereses entre quienes tienen horizontes temporales distintos y unos incentivos muy diferentes a la hora de

preocuparse por el futuro. La dificultad de encontrar un equilibrio justo entre costes y beneficios es todavía más aguda cuando una sociedad en la que convivían al mismo tiempo cuatro generaciones (cada una con sus intereses específicos) pasa a ser una en la que conviven seis generaciones. Estamos moralmente obligados a tomar en consideración los intereses de quienes ya apenas los pueden defender (como los ancianos) y los de quienes todavía no los pueden hacer valer (como los niños).

En sociedades envejecidas la balanza se inclina preponderantemente a tomar en cuenta los intereses de los mayores, que presionan más que los jóvenes, no solo porque es la generación que se formó políticamente en torno a las protestas de mayo del 68, sino porque son más. La mera cantidad de votantes en esa franja de edad hace que ningún actor político tenga incentivos para atender más los intereses de otras generaciones. La contienda electoral es cada vez más una lucha por el voto de los pensionistas. Dada la actual pirámide poblacional, defender los intereses de los jóvenes tiene menos réditos electorales que hacerse cargo de los de los mayores.

Las respuestas a la crisis del coronavirus implican también una ponderación de los intereses de las distintas generaciones. El debate entre los partidarios del confinamiento y los de la inmunidad respondía a una distinta ponderación de los derechos de las generaciones: el confinamiento daña más a la economía y por tanto a los jóvenes, mientras que el contagio controlado perjudicaría a los mayores y estropearía menos la economía.

Esta ponderación no es cosa de académicos; cualquiera puede identificar qué intereses son más preponderantes detrás de cada medida que se adopta. En el plano de los discursos, algunos políticos y analistas han intentado tranquilizarnos afirmando que esto «solo afecta a los viejos» para minimizar su impacto, como si esas personas fueran una variable menor. En algunas ocasiones se han producido incluso fenómenos de gerontofobia. Hemos visto alguna tensión de este tipo cuando se trasladaba a ancianos de una localidad a otra y también contemplamos desolados el drama de los abandonados a su suerte en alguna residencia de mayores, revelador de una parte de nuestra sociedad que se desentiende de aquellos que nos trajeron al mundo y nos cuidaron.

Pese a todo, mi conclusión es que esto parece una crisis de las generaciones mayores, pero en realidad es una crisis de todas las generaciones. A pesar de su aparente incompatibilidad, nos equivocaremos si entendemos los intereses de cada generación como realidades completamente distintas. Las crisis nos afectan a todos, en términos de salud o económicamente, aunque sea de manera diferente. Una crisis económica futura generará muchos problemas de salud, del mismo modo que muchas de las actuales dificultades para hacer frente a esta crisis sanitaria se deben a la crisis económica pasada.

Forma parte del difícil arte de la convivencia hacer compatible lo que de entrada no lo parece. Donde había un conflicto podemos descubrir una posibilidad de reconciliación. Lo que estamos viendo estos días es una gran movilización de quienes tienen edad de trabajar para cuidar sobre todo a quienes están jubilados. Las crisis son momentos de luchar por la propia supervivencia sin atender a la de otros, pero también momentos en los que se descubren aspectos de la realidad a los que no habíamos prestado suficiente atención e incluso habíamos marginado expresamente, vidas desechadas y precariedad producida por nuestra propia irresponsabilidad. En este involuntario experimento colectivo también se realiza una sutura intergeneracional.

6

DEMOCRACIA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

Decimos que esta crisis sanitaria pondrá a prueba muchas cosas y que algunas de ellas no volverán a ser lo que eran, entre las cuales estaría la democracia. Ya se ha suscitado un intenso debate entre quienes piensan que esta crisis supondrá un revulsivo que derribará el capitalismo y quienes presagian un sistema de control que consolidará las tendencias autoritarias inscritas en eso que llamamos democracias iliberales. Las medidas de excepción aprobadas podrían establecer un precedente peligroso y un recorte de libertades que sería aceptado por las poblaciones atemorizadas. Ya han surgido «coronadictaduras» como Israel y Hungría que aprovechan esta emergencia para acentuar sus perfiles iliberales. Al mismo tiempo, la larga lista de fracasos colectivos que cosechan nuestras democracias convierte en especialmente tentadoras las promesas de una eficacia a costa de las formalidades democráticas. La democracia, que ha ido sobreviviendo a los cambios de formato y a los cambios de problemas, se encuentra ahora en una encrucijada para la que no tiene precedentes. La supervivencia de la democracia está condicionada a que sea capaz de actuar en los actuales entornos de complejidad, compatibilizando las expectativas de eficacia y los requerimientos de legitimidad.

El debate entre los filósofos y los científicos sociales acerca de la democracia tras el coronavirus ha tenido tonos épicos, proféticos y melancólicos; lo único que le ha faltado ha sido la modestia. Hay quien anuncia una nueva ola autoritaria, como Giorgio Agamben, Peter Sloterdijk o Naomi Klein, quien exalta la eficacia China y la presenta como un modelo seductor (Byung-Chul Han) o nos previene contra la vigilancia totalitaria de la monitorización biométrica (Yuval Noah Harari) y no podía faltar Slavoj Žižek prometiendo, una vez más, que esta sería la (definitiva) ruina del capitalismo. Pese al tono maximalista y la escasa base científica de sus predicciones, todos ellos nos ponen al menos ante tres problemas que resultan especialmente recurrentes para la democracia: el de la excepción, el de la efectividad y el del cambio social.

Comencemos por el primero de los problemas, el que plantea a la democracia la lógica de la excepción. Ese asunto es, desde hace tiempo, el tema preferido de Giorgio Agamben, quien ha llegado a hablar ahora de «la invención de una epidemia» como disculpa para establecer un estado de excepción. Debe de ser muy difícil sobrevivir al éxito de una metáfora y resistir la tentación de aplicarla a cualquier situación. Contradiendo la evidencia de que si se proclama ahora el estado de excepción es porque no lo había antes, Agamben sostiene que «la epidemia muestra claramente que el estado de excepción se ha convertido en la condición normal de la democracia». Así que gracias a esta «virocracia» podríamos caer finalmente en la cuenta de que

la lógica de la excepción es la lógica misma de la democracia... sin excepción. Algunos filósofos tendrían más lucidez si estudiaran un poco de política comparada, aunque esto despojaría de rotundidad a sus teorías. Constarían que las constituciones de los países democráticos permiten la excepción al tiempo que la limitan en las materias y en el tiempo. Si se confiere un poder excepcional a alguien es porque ni antes ni después lo tiene. Otro filósofo que en ocasiones prefiere una metáfora brillante a un buen argumento, Peter Sloterdijk, profetiza «el sometimiento a una dictadura médico-colectivista», de manera que «el sistema occidental se desvelará como igual de autoritario que el chino». Las emergencias decretadas por los gobiernos europeos están condicionadas a cuanto se refiere a la lucha contra el Covid-19, limitadas en el tiempo y no crean nuevos delitos, tres condiciones de las que carece el excepcionalismo decretado por el gobierno de Hungría. Comparo, luego pienso.

Las situaciones de excepción no suspenden la democracia, tampoco su dimensión deliberativa y polémica. El pluralismo sigue intacto y el normal desacuerdo social continúa existiendo aunque su expresión deba estar condicionada a facilitar el objetivo prioritario de la urgencia sanitaria. Una limitación de las libertades es siempre lamentable y solo se puede justificar como medida temporal. Carl Schmitt, a quien ahora todo el mundo parece haber canonizado, era un decisionista, pero pocos advierten que entender la política como decisión implica reconocer que se ejerce en un contexto de contingencia, sin razones abrumadoras, ni siquiera en medio de las urgencias de la excepción. Contingencia significa que las decisiones son discutibles aunque se hayan modificado las condiciones que implícitamente regulan el modo de gobernar y el modo de hacer oposición.

Sería inaceptable cualquier medida presentada como si no hubiera alternativa y fuera científicamente indiscutible. Los virólogos tienen poderosos argumentos, por supuesto, pero cuando los políticos toman decisiones sobre la base de sus consejos están haciendo política, una política muy particular, por cierto, pero que no deja de tener esa dimensión de contingencia que la caracteriza también en circunstancias excepcionales. Hay distintos planteamientos acerca de cómo afrontar esta crisis, especialmente en lo que se refiere al equilibrio entre las urgencias sanitarias y los efectos económicos que puedan seguirse de las medidas adoptadas. Estar en una situación de alarma no significa renunciar al ejercicio de la razón y privarse de los beneficios de una deliberación serena y leal, así como de una coordinación entre las instituciones que no sea la sumisión a lo que decreta el mando único. La democracia, incluso en momentos de alarma, necesita contradicción y exige justificaciones. El pluralismo no es solo una exigencia normativa sino también un principio de racionalidad: una democracia le debe a los críticos tanto como a los gobernantes. Si se genera un contexto de confianza mínima, el saber distribuido y el poder descentralizado no son un impedimento para la toma de decisiones, sino procedimientos para minimizar los errores. Las situaciones de alarma no suspenden el pluralismo, solo su dimensión competitiva. Sería un error que las urgencias del momento nos lleven a impedir el contraste entre puntos de vista y competencias. Quien ahora confunda tener el mando con tener la razón puede estar tentado de olvidar para siempre esa distinción.

Las democracias no fueron creadas para el estado de excepción, sino para la normalidad. Una sociedad democrática no soportaría ni siquiera la sospecha de que los derechos no van a volver. Esto explica -y en cierta manera disculpa- las reticencias de los gobiernos a adoptar medidas drásticas al inicio de las crisis, pues la ciudadanía se resiste a aceptar una limitación de sus libertades cuando no es evidente la gravedad de la situación. La cuestión decisiva es cuánto dura la justificación de las correspondientes medidas. Una democracia constitucional institucionaliza la

desconfianza hacia cualquier extensión de las prerrogativas del poder, desde la memoria histórica de que el poder suele estar irresistiblemente tentado a quedarse con ellas. Siempre es más fácil conceder nuevas competencias a quienes tienen a su cargo nuestra seguridad que devolverlas. La experiencia de la lucha contra el terrorismo nos ha enseñado mucho a este respecto. La misma historia de la palabra «cuarentena» tiene en su origen una retención de ese tipo. Cuando la peste se extendía por Europa en 1348, las autoridades de Venecia cerraron el puerto de la ciudad a los barcos procedentes de áreas infectadas y forzaron a los viajeros a treinta días de aislamiento... que finalmente se convirtieron en cuarenta. Las democracias se caracterizan por administrar celosamente cualquier delegación de poder y condicionar toda facultad excepcional a un plan, unos objetivos y un plazo de tiempo.

El segundo problema de las democracias parece ser su eficacia a la hora de resolver problemas urgentes, cuando el tiempo y la autoridad son recursos dramáticamente escasos. Comparadas con nuestra lentitud a la hora de tomar decisiones, la debilidad de nuestro control social y el recato a la hora de invadir la privacidad de las personas, los sistemas totalitarios estarían mejor equipados para ese tipo de situaciones. Y dado que las turbulencias y las crisis van a ser la nueva normalidad, la tentación de ahorrarse los formalismos y derechos democráticos resulta muy poderosa.

Esta contraposición entre autoridad y efectividad está en el origen tanto de la seducción como del temor hacia China. Como punto de partida, me parece más acertado el juicio de Fukuyama que el de Harari o Han: los gobiernos democráticos tienen muchos problemas de ineficacia, pero ni estos problemas se deben a que están obligados a respetar la voluntad popular y los procedimientos legales, ni las autocracias son un modelo de eficacia.

Hay que tener en cuenta que el debate sobre este tema se superpone a una batalla de relatos por la reputación y en medio de una gigantesca manipulación informativa. La autoridad del gobierno chino no es un modelo de nada. Otros países y localidades han realizado confinamientos sin sacrificar valores democráticos. El aislamiento radical, por medio de la represión y la censura, fueron allí implacables. Tal vez tardemos mucho en saber la crueldad que tuvo lugar en aquel espacio cerrado de Wuhan y, en general, en conocer los datos reales de la pandemia en China.

Este es el verdadero núcleo de la cuestión: la relación entre poder e información. Los regímenes autoritarios tienen un problema con la información en un doble sentido, hacia fuera y hacia dentro. El primero de ellos es evidente y estamos todos pagando sus consecuencias. Hubiéramos preferido que nos suministraran información verdadera a tiempo que mascarillas a destiempo. Algún día habrá que activar los escasos procedimientos globales para exigir sus responsabilidades en la causa y la extensión de la pandemia.

El segundo problema de información es interno y pone de manifiesto que reprimir la información no es una muestra de fortaleza, sino un presagio de futuras debilidades. El autoritarismo del régimen, la ausencia de libertad de expresión y los obstáculos a la circulación de información están en el origen de los errores en la gestión de la crisis. Las disfunciones inherentes al sistema leninista chino no permiten a la información circular eficazmente entre las escalas administrativas locales y el poder central. La disciplina impuesta a los cuadros administrativos locales por el poder central tienen como consecuencia que no lleguen a Pekín más que las buenas noticias o se maquillen las malas. Esta es la razón de que las medidas contra la epidemia se hayan revelado caóticas y contraproductivas, especialmente cuando la policía de

Wuhan prefirió arrestar y reprimir a los médicos que habían lanzado las alertas antes que escuchar las advertencias y prevenirse contra el riesgo epidémico.

Cuando hablo de libre circulación de la información no me estoy refiriendo a la mera circulación de datos (que el régimen podría compensar con la monitorización totalitaria de sus sistemas de recopilación de datos y procesamiento inteligente) sino a esa información de calidad que permite conocer la situación real de un país y tomar decisiones acertadas, esa información que solo se genera allí donde -como ocurre en las democracias consolidadas- se respetan dos valores fundamentales: la tolerancia hacia la crítica y la confianza. Un régimen puede disponer de toda la información que le proporcionan los *big data* y tener una mala información. No hay que perder de vista que las autoridades han adoptado medidas espectaculares únicamente a partir del momento en que las disfuncionalidades estructurales del régimen político se convertían en una verdadera amenaza. Como nos ha recordado Marta Peirano, la eficiencia totalitaria, si es que existe, nunca tiene como objetivo la protección de los ciudadanos, sino la supervivencia del régimen.

En los sistemas democráticos alejaríamos la tentación de totalitarismo en nombre de la eficacia si le diéramos más valor a los resultados sin comprometer el de los procedimientos. La eficacia no es un valor que opere al alza en nuestras democracias, especialmente en la izquierda, si lo comparamos con el prestigio de valores como la igualdad o la participación. Mientras sigamos cosechando fracasos en tantos asuntos no debería extrañarnos que buena parte de la sociedad empiece a considerar que la causa de esos fallos está en unas formalidades democráticas de las que podríamos prescindir, en vez de considerarlas como la razón de muchos de nuestros aciertos y de que nuestros errores no sean aún mayores.

Las democracias tienen un tercer problema serio con la producción intencional de transformaciones sociales, llámense reformas o transiciones. Debe de ser el hecho de que vivamos en democracias donde se transforma poco lo que explica que cuando llega una catástrofe quienes más desesperaban de que fuera posible cambiar la sociedad a través de la voluntad política ordinaria resultan ser los más esperanzados de que la naturaleza ponga las cosas en su sitio. Mientras Alain Badiou sabe que la crisis del coronavirus no tendrá ninguna consecuencia, Žižek vuelve a anunciar, esta vez con metáforas cinematográficas (un golpe a lo Kill Bill al capitalismo), la inminente llegada del nuevo comunismo. Ahora que ya no hay ni reforma ni revolución, todas nuestras apuestas se dirigen a un vuelco, un giro imprevisto, catastrófico, un accidente de la historia en forma de crisis sanitaria o medioambiental, que afortunadamente nos ponga en la dirección correcta. Ya no se trata solo de esperanzas desconectadas de cualquier sentido de la realidad, sino de una curiosa expectativa en relación con el modo de transitar hacia la nueva situación deseada. Se espera que la gran transmutación sea que el fracaso produzca mecánicamente su contrario. Se trata de una visión sacrificial de la historia política que no tiene nada que ver con el cambio propio de las democracias, conflictivo y acordado a la vez, entre gradual y brusco, pero siempre dentro del parámetro de la intencionalidad de los actores. Quienes se vienen arriba de este modo parece que están contando la historia natural de los estragos y no la historia protagonizada por los humanos.

Las catástrofes proporcionan evidencias del daño, pero no de la sanación. Esa idea de que del sacrificio procede la emancipación es tan increíble como asegurar que de esa conmoción vayan a beneficiarse los que más lo necesitan. En esta expectativa hay al menos dos supuestos difíciles de creer: que lo negativo produzca lo positivo y que esa nueva positividad se vaya a repartir con equidad. De las ruinas no surge necesariamente el nuevo orden y el cambio puede ser a peor. Los

tiempos de crisis pueden llevar a ciertas formas de desestabilización que representen una oportunidad para los autoritarismos y populismos iliberales.

Nuestra realidad social y política tiene muy poco que ver con el tipo de alteraciones de otra época, la de las revoluciones clásicas, las implosiones de regímenes, el hundimiento de las civilizaciones y los pronunciamientos o golpes de Estado. Las democracias liberales son los espacios políticos en los que las expectativas de cambio están equilibradas -en ocasiones, mal equilibradas- por las resistencias a cambiar y donde esa voluntad de transformación se canaliza en vías incrementalistas. No hay ningún acontecimiento «natural» que nos vaya a ahorrar el trabajo transformador. Este no es un argumento contra el cambio, pues no hay cosa menos transformadora que la nostalgia de lo completamente otro.

Si el lento aprendizaje democrático nos ha enseñado algo es que no deberíamos exonerarnos de las garantías y limitaciones que la democracia se ha impuesto para prevenirse de los cambios que pueden ser a peor. Y lo más importante, también en momentos excepcionales, es proteger el pluralismo, tanto en lo que se refiere a las medidas para salir de la crisis como a la transición que debemos acometer tras ella. Por supuesto que hay salidas de esta crisis que parecen más razonables que otras e incluso algunas decisiones que se acercan mucho a lo indiscutible. Pero no deberíamos olvidar que hay una pluralidad de opiniones sobre lo deseable y que el único modo de decidir acerca de cuál es la dirección adecuada de ese cambio enfático que por todas partes se proclama es el diálogo democrático. Incluso donde algo se desmorona no siempre es evidente qué debe reemplazarlo y el debate democrático es lo que debe ponerse en marcha cuando algo no está del todo claro. Y de ese debate no debe excluirse a nadie, tampoco a los escépticos conservadores, aunque solo sea porque hay ciertas cosas que es deseable que no cambien y puede haber un optimismo consistente en asegurar que, afortunadamente, algunas cosas van a continuar como hasta ahora.

El argumento de Karl Marx de que «la humanidad no crea problemas que no sepa resolver» ha sido con frecuencia monopolizado por los que confunden a la humanidad con un nosotros concreto (un grupo, unos expertos, un partido, una ideología), que se postula como especialmente capacitado para resolver esos problemas. Si esto tiene algún remedio, será resuelto por la humanidad en su conjunto, no por quienes pretenden ostentar el privilegio de su representación.

7

LA INTIMIDAD Y SUS INCONVENIENTES

Nuestra civilización se ha construido sobre la distancia, pero su imaginario echa de menos la cercanía; la sociedad moderna incrementa la diferencia, al mismo tiempo que añora la similitud. Hay instituciones que nos alejan de los nuestros, como la escuela, la ciudad, el comercio y la globalización, pero también hay familia, amigos, afecto y entorno inmediato. Lo correcto es alabar el cosmopolitismo y la diversidad, aunque en cuanto podemos buscamos a nuestros semejantes; lo de las disonancias cognitivas se lleva bien en teoría, pero hay algo en nosotros que desea un entorno que nos ratifique, redundancia sin sorpresas.

La articulación de ambas dimensiones, la distancia y la cercanía, ha cristalizado en nuestros modos de vida y la propia configuración psicológica de un modo al que apenas prestamos atención. Sin darnos demasiada cuenta, gestionamos las dosis adecuadas de afectividad, indiferencia y conflicto. De repente, un confinamiento obligatorio e inesperado hace que amputemos de nuestra vida cotidiana todas aquellas dimensiones que tienen que ver con la distancia y nos quedemos exclusivamente con las de la cercanía. No estábamos preparados para permanecer confinados entre cuatro paredes, pero, sobre todo, para una dosis exclusiva de intimidad.

El confinamiento será una prueba de resistencia también para la familia y nuestro equilibrio psicológico. Acostumbrados como estábamos a pensar que lo que mata es la distancia, el interrogante que se nos plantea ahora es si seremos capaces de sobrevivir a tanta proximidad. ¿Cómo podremos lidiar con una cercanía cuya evasión es una de las grandes posibilidades que nos ofrece la sociedad contemporánea? La idea de que los seres humanos descubrimos quiénes somos cuando estamos solos suena muy bien, pero es poco realista; ese encuentro consigo mismo lo realizamos en las distintas formas de dispersión que nos ofrece la vida moderna y haciendo cosas diversas (en el trabajo, en el ocio, viajando...); donde nos perdemos a nosotros mismos es en la monotonía y la limitación.

¿Estamos preparados para vivir tanto tiempo en un espacio en el que solo hay intimidad, donde la cercanía no es compensada por la distancia, sin esa cantidad de indiferencia y conflicto a la que nos había acostumbrado la vida moderna? Además, aunque para algunos de nosotros estas altas concentraciones de intimidad tendrán unos efectos bastante llevaderos, no deberíamos olvidar que para otros, por las condiciones de su espacio doméstico o por aquellos con quienes tienen que compartirlo, será literalmente un infierno. La convivencia continua entre cuatro paredes no necesariamente nos acerca más a los seres humanos. Desde China se nos informa que el

confinamiento hizo que creciera la violencia doméstica y ahora comenzamos a tener datos escalofriantes de aquí mismo. Para las mujeres amenazadas desaparece aquella posibilidad de una distancia que es su última protección. El encierro perjudica más a unos niños que a otros y agudiza las desventajas de la desigualdad en función del espacio, los libros y los ordenadores disponibles. Para aquellos niños y niñas en cuya casa hay penuria económica o violencia la escuela es una salvación, allí donde reciben comida, estabilidad y protección. El confinamiento en casa les priva de esa seguridad.

Hablamos mucho de lo que aprenderemos tras esta crisis. Cuando todo el mundo dice que vamos a revalorizar la familia o el espacio de la intimidad, yo me atrevería a presagiar lo contrario: que vamos a apreciar la distancia. No sabemos (y tal vez lo descubramos ahora) hasta qué punto una sociedad como la nuestra se enriquece del hecho de que no vivamos en círculos sociales estrechos. La escuela es la primera institución que permite que los contactos sociales no se reduzcan a la propia familia, la institución que nos distancia de nuestro espacio de redundancia y nos abre a experiencias de diversidad y contraste, el lugar donde se aprende a sobrellevar la indiferencia y a gestionar los primeros conflictos. Pese a los elogios que recibe ahora la enseñanza telemática, tal vez empecemos a echar de menos la igualdad de la escuela presencial, con idéntico pupitre y la misma conexión a internet, donde se mitiga la brecha digital. Una función similar ha supuesto para las mujeres el acceso al mercado laboral: les ha permitido emanciparse de la dedicación exclusiva a lo doméstico. Desde la escuela al mercado, hay en la sociedad moderna un conjunto de instituciones que nos han dotado de una libertad que hubiera sido imposible en el círculo familiar o en la sociedad tribal que no era más que un conjunto de familias.

Todo esto no va contra la familia, sino contra esa anomalía social que supone una limitación de nuestra vida al círculo familiar, como también sería anómalo que fuéramos reducidos a nuestra función profesional o a nuestro hobby favorito. La libertad, como el equilibrio psicológico, se debe a la posibilidad de ser varias cosas y no quedar reducidos a una sola. Uno de los aprendizajes de la crisis habría de ser lo mucho que le debemos a esa sociedad diferenciada, que tan mala prensa tiene como lugar de estrés y competencia. Me atrevo a asegurar que todos, hasta los del veto parental (que piensan la escuela como una mera prolongación de la familia), acabaremos echando de menos la escuela plural, el anonimato de los espacios públicos, el ruido de las grandes concentraciones y la frialdad de los mercados.

8

EUROVIRUS

La crisis del coronavirus ha llegado a una Europa desprevenida, cacofónica, cuya principal preparación eran los recetarios típicos de cada una de las familias ideológicas y en la que estaban dispuestas las tensiones entre los clásicos alineamientos de sus estados miembros, básicamente entre el norte y el sur. El contexto no podía ser peor: Brexit en marcha, tensión con los países del Grupo de Visegrado (Hungría otorga plenos poderes a su gobierno), crisis migratoria sin resolver y agudizada por la expulsión de refugiados sirios a la frontera con Grecia ordenada por Erdogan... Unas instituciones poco reactivas y divididas en cuanto a lo que debía hacerse, unos estados miembros que velan por sus propios intereses, sin entender lo que nos jugábamos en común. Las primeras reacciones fueron o muy lentas o muy desafortunadas: la falta de solidaridad con Italia, las declaraciones de Christine Lagarde asegurando que el mandato del Banco Central Europeo (BCE) no le permite intervenir sobre la deuda italiana, la plantilla de la crisis de 2010 aplicada a una crisis muy diferente y unas instituciones comunes sin apenas competencias en materia de salud (lo cual no es una disculpa, sino una crítica). Los estados miembros cierran sus fronteras y vuelven a hacer política nacional, pretendiendo con ello algo que podrían haber conseguido mejor coordinando las acciones. El virus parecía a punto de liquidar la misma idea europea.

Recogidas estas críticas, la mayoría de las cuales son muy acertadas, me gustaría señalar alguna inconsecuencia de este poner el foco en las instituciones europeas como el clásico ejercicio de «echar las culpas a Bruselas», que en ocasiones no es muy riguroso. ¿Por qué hablamos de Europa cuando queremos decir Alemania u Holanda? Conviene tener en cuenta que si la Unión carece prácticamente de competencias en materia de sanidad es porque los estados así lo han querido y que si las mascarillas no llegaron rápidamente a Italia es porque Alemania no se las facilitó (no la Unión Europea). Los estados han sido reacios a compartir material médico porque estaban aterrorizados con la idea de quedarse sin él cuando fuera necesario (pese a lo cual, Francia y Alemania han acabado enviándolo a Italia, y los hospitales de Alemania han acogido a pacientes franceses en las zonas fronterizas). Hacemos culpable a Europa cuando no hemos querido dotarla del nivel de integración que sería necesario para hacer frente a crisis como esta. Pese a las cosas que, dentro de sus competencias, las instituciones comunes pueden hacer, son los estados miembros los que se oponen a abordar la crisis con una visión de lo que se juegan en común. No se puede exigir a Europa lo que no está en condiciones de proporcionar; muchos de los que reprochan que Europa no haga nada son quienes quieren evitar que pueda hacer más. No tiene

sentido que unos estados que no estaban preparados para una crisis sanitaria de estas características reclamen una intervención a la Unión Europea, que no tenía competencias sobre la materia (por decisión de los estados miembros, que se las habían reservado para ellos).

Esta Europa denigrada y a la que se ve en trance de desaparición es la misma de la que se espera una movilización de medios sanitarios y una intervención económica para hacer frente a la crisis. Planteamos la cuestión como si se tratara de pedir y dar, cuando lo relevante es qué modificaciones de la gobernanza europea son necesarias para abordar aquellos aspectos de la crisis que solo se pueden resolver en común. Cada crisis nos hace descubrir que Europa no está suficientemente equipada para hacerle frente. No perdamos de vista, como ha recordado Ignacio Molina, que tras cada crisis Europa ha realizado avances que eran impensables con anterioridad. Europa siempre avanzó tras los eventos críticos: a 1945 le siguió la Declaración Schuman; a Suez, el Tratado de Roma; a la euroesclerosis de los setenta, el Acta Única Europea; a 1989, el Tratado de Maastricht; a la crisis del euro, el Mecanismo Europeo de Estabilidad. Seguro que esta crisis se salda con innovaciones en materia de instituciones comunitarias para la sanidad y fórmulas de crédito muy diferentes de las establecidas para resolver la anterior crisis financiera.

Una vez pasado el primer momento de urgencia e instalada la crisis entre nosotros, el debate gira en torno a qué medidas tomar en una crisis que va a ser duradera. Como era de esperar, se establece un eje norte-sur: la ortodoxia presupuestaria frente a la reclamación de solidaridad. Las propuestas van desde la intervención exclusiva del BCE movilizando líneas de crédito específicas, la solución a través del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE) hasta los partidarios de los coronabonos. Se abre paso la idea de que los estados consigan sus créditos a través del MEDE sin que estén sometidos a condiciones de política económica (como en los rescates anteriores). La única condición aceptable es que esos recursos sirvan para cubrir los costes derivados de la pandemia y para fortalecer el sector sanitario frente a futuras crisis. Esto tranquiliza a los países del norte y disipa en los países del sur el temor a los ajustes de la austeridad.

Durante la crisis de las deudas soberanas la zona euro se dotó de nuevos instrumentos, especialmente el Mecanismo Europeo de Estabilidad, cuyos estatutos establecen que no se pueden conceder los préstamos si los países que los reciben no se comprometen a corregir los errores que les han obligado a demandar la ayuda. Ahora la causa es una pandemia, no un endeudamiento excesivo, por lo que esta disposición carece de sentido. Para que este procedimiento sea útil debe ignorarse dicha cláusula, lo que exige un acuerdo político. Invocar el «riesgo moral» no tiene sentido porque no es una crisis de deuda, sino una crisis sanitaria, más simétrica que la de 2010. Y no parece que los mercados financieros vayan a poner a prueba al BCE con la misma tenacidad que en 2010-2012. El Mecanismo Europeo de Estabilidad sería de este modo una forma indirecta de mutualización de la deuda y riesgo compartido. Está también la propuesta de Miguel Maduro de que la deuda no descansa totalmente ni sobre los estados ni sobre la Unión Europea, asociando esa garantía a nuevos recursos propios de la Unión, por ejemplo, sobre las emisiones contaminantes o la economía digital. Esto requeriría un plan de financiación mucho más ambicioso que el que estaba sobre la mesa hace unas semanas. Sería una manera de concitar el apoyo de las opiniones públicas y resolver el problema futuro de los recursos propios para el próximo presupuesto europeo.

Cuando escribo esto aún no ha terminado la historia de las intensas negociaciones en el seno de la Unión Europea, de sus instituciones y entre los estados miembros. No hay vía libre a los

eurobonos (como querían los países del sur y rechazaban los del norte) pero tampoco habrá condiciones para los préstamos, de manera que ni unos países ni otros han conseguido exactamente lo que querían, como es corriente en las negociaciones que caracterizan a esa entidad política tan peculiar que es la Unión Europea. Esto terminará seguramente con un conjunto de medidas monetarias, rebajando los costes de financiación y suavizando las constricciones presupuestarias.

Si no conseguimos resolver bien en Europa la presente crisis, tendremos el panorama político polarizado entre unos populistas que celebrarán el cierre de fronteras y lamentarán la ineficacia de Europa (frente a la eficacia de los regímenes autoritarios) y unos federalistas que soñarán con una salida por elevación sin tener en cuenta la real heterogeneidad de la Europa actual. Nunca he sido partidario de la dicotomía egoísmo/solidaridad a la hora de abordar los debates de la Unión Europea porque moralizar los problemas nos introduce en un mundo de culpabilizaciones que impide entender sus dimensiones. Es mejor partir de la idea del interés propio bien entendido y abordarlo desde la perspectiva de lo común, tratando de identificar las amenazas y oportunidades que compartimos. En vez de plantear los debates como un asunto de estados contra estados, haríamos mejor en reflexionar sobre lo que podemos compartir y los intereses de los europeos. La prevista Conferencia sobre el futuro de Europa será una excelente oportunidad de revisar cómo tomamos las decisiones, la distribución de competencias y su legitimación democrática.

9

OTRA GLOBALIZACIÓN

Uno de los interrogantes inéditos que nos plantea este experimento social involuntario de la pandemia es si entramos en un periodo de desglobalización o si la globalización continuará como hasta ahora. En esa pregunta hay un poco de irrealidad, como si la globalización fuera un proceso que pudiera detenerse y la hubiéramos puesto en marcha con una decisión expresa en algún momento determinado. Los seres humanos no decidimos en asamblea entrar en la Edad de Hierro ni abandonar el Renacimiento. ¿Por qué se suscita ahora esta pregunta que parece otorgarnos una soberanía que no tenemos? Probablemente porque nos dejamos llevar por la seducción de tener un gran control sobre la realidad debido a que acabamos de hacer algo que se asemeja mucho a decidir parar el mundo: el confinamiento y la detención de buena parte de la economía. No ha sido algo similar a las recesiones o crisis económicas que hemos *padecido*, de las que ya tenemos una gran experiencia, sino una detención de nuestra habitual movilidad y una hibernación de la economía que resultan de *decisiones* que adoptamos, forzados a ello por una amenaza sanitaria, pero voluntariamente. La radicalidad de las medidas adoptadas para combatir la pandemia puede engañarnos con el espejismo de que somos capaces de controlarlo todo, incluido algo muy parecido a parar el mundo.

La otra cara de pensar que hay actores soberanos es la de que deben existir culpables cuya torpeza o maldad lo explique todo. Nos encanta buscar culpables para las crisis y deberíamos moderar ese impulso si es que queremos hacer buenos diagnósticos (que incluirán, sin duda, identificar elementos de irresponsabilidad). La globalización se nos presenta ahora como el comodín de todas las explicaciones. Que el coronavirus se haya expandido globalmente nos lleva a pensar que tiene algo que ver con la globalización, pero desglobalizarse no es sencillo ni está claro qué puede significar. De entrada, el virus no parece haberse extendido principalmente por el comercio, sino por el turismo. ¿Deberíamos prohibir las peregrinaciones a La Meca o el turismo en Florencia? Esa idea de que el virus nos pasa ahora la cuenta de una globalización desordenada es una media verdad. Hubo pestes ya en el siglo XIV y la interdependencia creciente tiene aspectos muy positivos también a la hora de combatir estas pandemias (como la cooperación científica, la agilidad de la información o la comunicación de experiencias exitosas). Si el virus llegó de China y tuvo efectos tan devastadores no fue por la excesiva globalización, sino porque globalizaron el virus pero nacionalizaron la información. Hay que diagnosticar bien de qué tipo de constelación política procede el coronavirus y a qué interacciones obedece. Sustener que es un virus de la globalización sería una simplificación que no se corresponde con el hecho de que

vivimos en un mundo más complejo, en el que hay dimensiones de nuestra existencia que se han globalizado mucho, otras que lo han hecho menos e incluso algunas que han experimentado una retracción. La cuestión es que debemos acompasar los riesgos que extendemos con la puesta en común de las informaciones, tecnologías e instituciones que necesitamos para hacerles frente. El objetivo es una globalización equilibrada, algo que está a nuestro alcance y no una desglobalización que está totalmente fuera de la realidad.

Como consecuencia de la sacudida de la pandemia han vuelto a la agenda política las grandes cuestiones, yo diría que incluso con un punto de grandilocuencia, como si el futuro del mundo estuviera en nuestras manos de una manera que no corresponde a nuestras limitaciones. Se plantea un debate entre unos interlocutores que podríamos denominar los contraccionistas y los expansionistas, entre quienes defienden que esta crisis aconseja desglobalizar y quienes sostienen que hay que impulsar la globalización dotándola de las estructuras políticas adecuadas.

La gestión de la crisis ha seguido en un primer momento una lógica contraccionista: cierre de fronteras, reserva de los recursos propios para los ciudadanos nacionales, confinamiento, mayor demanda de proteccionismo hacia los gobiernos, interrupción de las cadenas globales de suministro y movilidad. Al mismo tiempo, pasada la reacción instintiva de repliegue, se producían fenómenos que implicaban una apertura mayor: configuración de una opinión pública mundial más unificada que discute de las mismas cosas, avance de la digitalización, el teletrabajo y la educación *on line*, exigencias de intervención a la Unión Europea, una carrera desesperada por encontrar una vacuna a través de la cooperación científica internacional, una comparación de las estrategias de los diversos países que nos situaba en un marco de buenas prácticas o evaluación comparativa (*benchmarking*) global.

El hecho de que ambas posiciones parezcan tener razón según los ejemplos que se aduzcan y la perspectiva desde la que se observe nos está diciendo mucho acerca de la naturaleza de la globalización; es algo inevitable, un destino, pero ambivalente e incluso contradictorio, con movimientos que se contradicen, aunque la resultante sea un incremento de la interconexión. Hablar de globalización es también mencionar su contrario, como la sombra que nos acompaña. En ocasiones, para que los globalistas vuelvan a tener razón hay que retroceder en lo que podría ser interpretado como dar la razón a los partidarios de cerrarle el paso. Basta una rápida mirada a la historia de la globalización para comprobar que ha oscilado siempre entre la expansión y la contracción.

Hay un caso en el debate actual que se aduce como ejemplo del éxito de la desglobalización. El parón económico ha tenido efectos inmediatos beneficiosos en la calidad del aire, los ríos y los mares, por razones obvias derivadas del cierre de industrias y la disminución de la movilidad. Es cierto que el confinamiento, la hibernación de muchas actividades económicas y la disminución del comercio internacional por causa de la pandemia han supuesto una disminución de la contaminación y la emisión de gases de efecto invernadero, pero sería un error pensar que esta contracción reduce los riesgos del cambio climático más allá del horizonte inmediato. Las emisiones volverán a aumentar cuando se recupere la actividad, y si la pandemia provoca una grave crisis económica mucho dinero y mucha voluntad política serán detraídos de la lucha contra la crisis climática. La situación podría agravarse incluso porque la atención a las amenazas inmediatas de la pandemia nos distraería de las amenazas climáticas que son más latentes y de largo plazo. Pensemos, además, en efectos como la dificultad de las empresas para invertir en la transición hacia proyectos sostenibles; que la bajada de los precios del petróleo encarecerá los

vehículos eléctricos (algo de ello indica la bajada de las acciones de Tesla); podría interrumpirse la cadena de suministro de la energía renovable, muy dependiente de la producción en China de ciertos elementos; el miedo generalizado hacia los riesgos sanitarios y financieros concentrará toda la atención y los del cambio climático quedarán en un segundo plano. En cualquier caso, el hecho de que el clima mejore durante la pandemia porque mucha gente muere y disminuye el trabajo no parece que sea el mejor procedimiento para resolver los problemas de la crisis climática. Deberíamos encontrar soluciones que permitan compatibilizar todos los bienes que están en juego (la vida, la economía, el planeta), más allá de la promesa sacrificial de que deteniendo el mundo se arreglan necesariamente los problemas asociados a su movimiento.

Mi conclusión respecto a este debate es que la globalización no se va a detener porque así lo decidamos o lo decreten los gobiernos. Sin embargo, están en nuestras manos un conjunto de decisiones que de hecho equivalen a impulsar o ralentizar la globalización. Será algo parecido al experimento de arreglar un barco en plena navegación. No disponemos de un gran paréntesis o una interrupción intencional de la historia y nos vemos obligados a reflexionar mientras estamos en movimiento. Una cuarentena es una eliminación de los contactos por un periodo determinado, pero el concepto de «desglobalización» apunta a que debemos suprimir las relaciones que hemos establecido o al menos del modo como se han ido configurando desde que hablamos de este fenómeno. Tendríamos que distinguir entre aquellas que deberíamos limitar, las que han de ser modificadas y aquellas a las que no parece razonable renunciar.

Esta reflexión colectiva no nos hará deliberar en torno a una palanca de emergencia para detener el mundo, sino que nos incita a pensar en su redimensionamiento. El gran debate consiste en redimensionar los ámbitos de decisión en función de la naturaleza de los riesgos que nos amenazan. Hemos de redefinir las escalas y los niveles adecuados de gestión y producción: local, nacional, internacional, supranacional, transnacional, global. Esta crisis sanitaria ha puesto de manifiesto principalmente la fragilidad de la apertura global, tanto en lo que se refiere a esa movilidad que ha favorecido la extensión de la pandemia como a ciertas dificultades a la hora de hacerle frente cuando había que abastecerse de mascarillas o respiradores y comprobamos nuestra enorme dependencia en el suministro de bienes y servicios básicos (artefactos cuya producción habíamos deslocalizado y no parecían tener un especial valor añadido ni más relevancia para la seguridad que el sofisticado material militar). Nuestra primera reacción es revalorizar los mercados regionales, interrumpir las cadenas globales de suministro, volver a las protecciones clásicas y la escala local; pero también hemos vuelto a valorar el cosmopolitismo de la comunidad científica, el fortalecimiento de una opinión pública global y las ventajas de la digitalización precisamente para que no se detenga todo. A la globalización nerviosa le tiene que seguir la «glocalización» sostenible.

El coronavirus no va a acabar con la globalización (si es que esta idea tiene algún sentido). La cuestión es qué forma de organización es la más apropiada para reequilibrar un mundo que ya presentaba muchas descompensaciones que esta crisis no ha hecho más que evidenciar. Si fuera posible, la regresión a los mundos cerrados no contribuiría a dotar al mundo global de una mejor gobernanza, sino que lo dejaría sin contrapesos de instancias y actores que equilibren su dinámica descontrolada. Tendremos que distinguir la interdependencia ventajosa o inevitable de las dependencias que suponen amenazas serias para la seguridad. En vez de oscilar entre disciplina y desorden, regresión y aceleración, lo que esta globalización necesita es más regulación. Antes y después de la pandemia sigue siendo cierto que los bienes públicos exigen instituciones globales,

cooperación, soluciones globales.

10

APRENDER DE LA CRISIS

Una gran crisis biológica en la era de la inteligencia artificial y en medio de los debates sobre el transhumanismo nos pone cuerpo a tierra. La reflexión ecológica ya nos había enseñado hace tiempo que no podemos entendernos sin ningún tipo de inserción en un contexto natural. Esta crisis subraya todavía más los límites de nuestra autosuficiencia y la común fragilidad; revela nuestra dependencia tanto de otros seres humanos como respecto del mundo no humano.

El problema es que nos hemos hecho más vulnerables a los riesgos globales sin haber desarrollado suficientemente los correspondientes procedimientos de protección. Las cosas que nos protegían (la distancia, la intervención del Estado, la previsión del futuro, los procedimientos clásicos de defensa) se han debilitado por distintas razones y ahora apenas nos suministran una protección suficiente. Los organismos que parecen volver (como el Estado) ya no protegen y a los que apelamos (como la Unión Europea) todavía no protegen porque no estaban diseñados para ello.

En este contexto es en el que hemos de pensar nuevas medidas de protección. De momento, la escasa capacidad de reacción de la Unión Europea y la incapacidad de los estados para organizar una respuesta continental han favorecido el repliegue nacional. El cierre de fronteras habría sido innecesario de haber habido una respuesta coordinada a la crisis. Pero es que además el confinamiento no puede ser una solución permanente: genera desconfianza, paraliza la economía y nos afectará en el plano personal y social. La cuestión es cómo protegemos a la gente cuando los viejos instrumentos han perdido buena parte de su eficacia, cómo lo hacemos sin comprometer las libertades, sin ofrecer placebos y en un momento en el que el autoritarismo está ganando adeptos.

Ante semejantes desafíos, deberíamos comenzar reconociendo que desconocemos cómo calificar y qué hacer en una crisis de estas características. Me da la impresión de que quienes menos van a aprender de esta crisis son aquellos que lo tienen todo claro.

No quiero decir que no hayamos aprendido nada de las crisis anteriores. Hoy sería impensable algo similar a la invasión de Irak; no deja de haber avances, aunque sean insuficientes, en los acuerdos contra el cambio climático; Europa tiene ahora mejores mecanismos para mancomunar sus riesgos económicos; los Acuerdos de Basilea nos han dotado de una mayor estabilidad financiera que la que había tras el final del sistema de Bretton Woods. Pero el alegre determinismo con el que se asegura que las crisis son oportunidades se contradice con el hecho de que los aprendizajes que hacemos son exasperantemente lentos y desde luego no están a la altura ni se realizan con la profundidad que requerirían los graves problemas que las crisis de este siglo

han ido revelando acerca de la naturaleza de nuestra sociedad. Lo más llamativo a este respecto es que las crisis nos siguen sorprendiendo, que el presente funciona como una gigantesca distracción, que prestamos una atención obsesiva a lo inmediato, que el elemento competitivo tiene una centralidad preocupante en las democracias y que nuestra capacidad estratégica y de previsión es escasa. Puede ocurrir que sea más fácil encontrar una vacuna que aprender de una crisis como esta.

Los libros de autoayuda repiten que no debemos malgastar una buena crisis, que son momentos de oportunidad; toda la retórica de la construcción europea se ha entendido como una sucesión de respuestas a sus continuas crisis. Las crisis son momentos de cambio por las mismas razones que pueden serlo de conservación o de retroceso. Que nos decidamos por lo uno o lo otro es algo que no nos enseña ningún manual para salir de las crisis, sino que depende de las decisiones que adoptemos.

¿Cómo explicamos el hecho de que siendo la crisis climática más grave que la del coronavirus, esta última nos haga modificar más nuestra conducta, que aceptemos mejor el confinamiento que la modificación de nuestros hábitos de consumo para frenar el cambio climático, que los estados se pongan más fácilmente de acuerdo y en poco tiempo frente a un virus que en las rondas de negociaciones sobre la crisis climática? La respuesta tiene que ver con que una crisis nos parece general y lejana, mientras que la otra es cercana e inmediata. Los seres humanos estamos menos dispuestos a modificar nuestro comportamiento cuanto más alejadas nos parezcan las consecuencias de no hacerlo, desde el punto de vista del tiempo o del espacio. Esta diferente reacción nos está diciendo mucho acerca del tipo de sociedad que hemos construido, una sociedad que funciona a base de incentivos y presiones, que atiende a lo urgente, a lo que hace ruido y es más visible, pero no se entera de los cambios latentes y silenciosos, aunque puedan ser mucho más decisivos que los peligros inmediatos.

Nada nos asegura el aprendizaje tras las crisis. Podría ocurrir que un mundo se hubiera acabado y que lo siguiéramos pensando con categorías de otro tiempo y gestionándolo como si nada hubiera pasado. La especie humana debe su supervivencia a la inteligencia adaptativa, compatible con que en muchos aspectos sigamos instintivamente aferrados a lo que hasta ahora había funcionado. En ese caso andaríamos como zombis en medio de serias advertencias que no terminamos de tomarnos suficientemente en serio, como si la situación natural del ser humano fuera el despiste y la sociedad el lugar en el que se realiza esa enorme distracción colectiva.

11

¿CÓMO SERÁ EL MUNDO DESPUÉS DE LA CRISIS?

Cuando nos preguntamos acerca de cómo será el mundo después de la crisis del coronavirus, qué cosas cambiarán y en qué medida, es difícil separar la descripción de la prescripción. Nunca es sencillo, y menos en momentos como estos, distinguir lo que creemos que pasará y lo que desearíamos que pasara, que el análisis con pretensiones de neutralidad no se mezcle con lo que pensamos que debería suceder. La objetividad, la normatividad y el deseo se solapan todavía más en momentos de agitación y desconcierto. Por si fuera poco, no estamos hablando tanto de adivinación como de configuración. Las sociedades modernas no se dedican a adivinar un futuro que vendrá inexorablemente, sino que más bien intentan configurar el futuro deseable. Y además están por medio nuestras decisiones libres, como sujetos individuales y como sociedades, que convierten cualquier pronóstico en una débil apuesta.

Todo esto ocurre en un momento en el que han perdido credibilidad los grandes relatos deterministas y el mundo se fragmenta en turbulencias que dan lugar a movimientos diversos e incluso contradictorios. Tras las crisis hay aprendizajes, pero también reincidencias, reacciones torpes e incluso fenómenos de estupidez colectiva debidos a que nuestra intuición nos inclina en la dirección equivocada. ¿Es posible descubrir una resultante de esta agitación, una tendencia más poderosa que las tensiones de corto perímetro, una dirección que resulte reconocible a partir de todo ese desorden? Podríamos tratar de identificar lo que tiene sentido, la lógica de las cosas, la evolución sistémica de las sociedades. Habría que comenzar entonces distinguiendo las reacciones momentáneas de las grandes tendencias, porque una cosa son las respuestas inmediatas y otra las respuestas lentas: a corto plazo, lo que vemos es al Estado como protagonista, keynesianismo de garrafón, cierre de fronteras, autoridad militar y obediencia a los expertos; a largo plazo, tal vez lo contrario. Como todo lo que no es intuitivo y cuando se sostiene que las cosas no son lo que parecen, nos debemos una explicación.

A mi juicio, la actual crisis del coronavirus no es tan novedosa como parece, ni por su naturaleza ni por las estrategias para combatirla. Hay un cierto arcaísmo en los procedimientos, unas estrategias sanitarias que se parecen mucho a las viejas pandemias y muy poco a los riesgos ecológicos. La vuelta de los límites es provisional, tanto como medida profiláctica (no sana, sino que frena parcialmente el contagio y no resulta social y económicamente soportable más que por un tiempo limitado). Además, las fronteras estatales no son las más relevantes, sino las de nuestros domicilios y las del turismo interior, o las de la desigualdad, que separan más que cualquier delimitación del espacio físico.

La vuelta del Estado es ilusoria y momentánea. Esta crisis no va a suponer el final de la globalización o de la integración europea, sino un incentivo para configurarlas de otra manera. El virus parece haber paralizado la idea europea; los estados miembros cierran sus fronteras, limitan las libertades de la ciudadanía y vuelven a hacer la política por su cuenta, en buena medida debido a que las competencias de la Unión Europea en materia de salud son muy limitadas. Se cierran las fronteras de una Europa en la que hay un millón y medio de personas que las cruzan a diario para trabajar (en mi caso, al menos una vez por semana, y precisamente hacia Italia). Además, las críticas a Europa no han sido porque hubiera demasiada, sino poca. Las críticas a esa incomparabilidad europea expresan hasta qué punto hemos interiorizado que la Unión Europea es un espacio decisivo a la hora de ofrecer una solución a la crisis. En la crisis de 2008 Europa no parecía ausente, sino demasiado intrusiva. Las recientes intervenciones de algunos líderes de estados europeos rechazando la solidaridad no representan los valores europeos, sino todo lo contrario, por lo que nuestra reacción no debería ser poner en cuestión la idea de Europa, sino lamentar hasta qué punto algunos no la han interiorizado suficientemente.

Los estados pueden tener la tentación de mantener ese cierre, pero las políticas de emigración siguen requiriendo cooperación internacional, las aduanas no paran los ataques informáticos, las comunicaciones y los flujos financieros no se detienen en ninguna frontera, por no hablar del cambio climático, la amenaza más global y simétrica ante la que el Estado representa una escala de gestión completamente inadecuada. La batalla del conocimiento también se plantea en una medida decisiva más allá de los confines del Estado nacional. El descubrimiento y la producción de vacunas (pese a las carreras por la competición, el dinero y el prestigio) exigen colaboración transnacional. Las comunidades científicas hace tiempo que dejaron de coincidir con los límites nacionales.

Aunque algunos estados intenten aprovechar la catástrofe para consolidar las prerrogativas que les ha concedido el estado de alarma, el poder estatal no va a recuperar su época de gloria, salvo momentáneamente, y seguiremos avanzando hacia una forma de gestión compartida de los bienes comunes. El Estado que vuelve no lo hace de modo permanente; no tiene los recursos económicos para extender el tiempo de excepción, en la Unión Europea comparte su autoridad con los otros estados miembros en un escenario de interdependencia global y obtiene el conocimiento de una sociedad civil a la que no controla jerárquicamente. Esto se entiende bien si comparamos la crisis sanitaria con la crisis ecológica. En la lucha contra el coronavirus la administración ha asumido el clásico rol pedagógico y dentro de las fronteras nacionales. Como ha advertido Bruno Latour, en el caso de la transición ecológica la relación es justo la inversa: es el Estado quien debe aprender a gestionar un pueblo multiforme, deslimitado, con escalas múltiples y en interdependencia con otros, incapaz de dictar medidas desde arriba. Si en la crisis sanitaria el Estado recuerda a la gente las viejas lecciones higiénicas acerca de cómo lavarse y toser, en la transición ecológica es el Estado el que se encuentra en una situación de aprendizaje en un panorama que le resulta desconocido.

Dentro de un proceso de estas características, con su complejidad y en medio de desarrollos que acaban de iniciarse, sacar conclusiones es especialmente prematuro. Me atrevo, no obstante, a aventurar que esta crisis, lejos de frenarla, fortalecerá la tendencia hacia un mundo de bienes comunes, por tanto, hacia un mundo más integrado en términos de regulación e institucionalmente. Pese a los retrocesos y reticencias, es la hora de lo común. La conciencia de los bienes y las amenazas que compartimos pone nuevamente de manifiesto que esos bienes y males colectivos

sobrepasan la capacidad de los estados. Cada vez estamos menos en un mundo de estados soberanos yuxtapuestos y más en uno de espacios superpuestos, conectados e interdependientes.

Los grandes asuntos políticos se han disociado casi por completo del marco definido por los estados en una triple dimensión: por la generación del problema (quién o qué tipo de conducta causa un determinado problema), el impacto del problema (quién sufre qué tipo de efectos negativos) y la solución del problema (a quién compete su resolución y de qué modo). El origen, el impacto y la solución de determinados problemas no coinciden con los límites de la unidad tradicional que representaban las sociedades estatalmente organizadas. Todo ello define un cuadro de interdependencia o dependencia mutua que implica vulnerabilidad compartida. Los estados y el sistema de estados soberanos tienen unas grandes dificultades a la hora de promover la estabilidad, la seguridad, la salud, la prosperidad y otros bienes específicamente colectivos.

Se está modificando la idea que teníamos de los bienes públicos, vinculados hasta ahora con una soberanía estatal que se encargaría de garantizarlos. Poco a poco tomamos conciencia de que se trata de bienes que no son divisibles entre los estados, que no se prestan a una gestión soberana sin provocar graves efectos perversos. Las crisis mundiales o los riesgos globales no afectan únicamente a las comunidades nacionales más directamente concernidas, sino al conjunto de la humanidad, por las consecuencias en cadena o los efectos derivados. En la medida en que son bienes comunes de la humanidad, los bienes públicos dejan de ser solamente bienes soberanos.

Las decisiones fundamentales ya no se adoptan en el nivel nacional, que con frecuencia no decide más que acerca de lo accesorio. En materia comercial, monetaria, fiscal, sanitaria o social, las decisiones se han vuelto profundamente interdependientes, lo que inaugura un modo de gobernanza que implica no solamente un reforzamiento de las coordinaciones intergubernamentales, sino también la constitución de espacios de movilización y de representación de intereses, de discusión y de debate público, que trascienden los territorios nacionales y las lógicas soberanas.

* * *

Cuando escribo esto la crisis del coronavirus se encuentra en una fase que todavía no me atrevo a calificar, cuestión que solo corresponderá a los futuros historiadores. Me vienen a la cabeza estos versos del poeta irlandés Seamus Heaney: «*If we winter this one out / we can summer anywhere*», que vienen a decir que si salimos de esta podremos salir de cualquier cosa. Todavía no sé en qué estación del año nos encontramos realmente, si estos versos los podemos recitar para animarnos a resistir en medio de la travesía o como quien cuenta una gesta pasada.